

de sus derechos y de sus conciencias. Era, por decirlo así, un armisticio que el Episcopado concedía al Gobierno, á fin de darle tiempo para reparar el mal ó adelantarse mas en la funesta senda de las concesiones. El cardenal de Croi y el Arzobispo de Lyon fueron los únicos que se negaron á toda especie de adhesión al proyecto conciliador; otros, tales como los Obispos de Chartres, Nevers, Nantes y Rennes, siguieron el partido de la mayoría.

Habló Roma de un modo indirecto, y sin embargo quedó la cuestión terminada. La Iglesia de Francia siguió los consejos dados por el Soberano Pontífice bajo una forma diplomática, á fin de dejar al Clero en toda la plenitud de acción en un asunto que no interesaba ni al dogma ni á la moral. No retrocedían los Obispos ante ninguna de las exigencias administrativas, á fin de oponerse á que se dirigiesen nuevos ataques contra la libertad de conciencia. El Gobierno, empero, no supo contentarse con aquel triunfo negativo; necesitaba los aplausos liberales, y por ello suprimió las ocho casas de educación que aun, al decir de la Universidad, habían puesto los Jesuitas en el estado mas floreciente. Bajo la salvaguardia de una Carta que proclamaba la libertad, realizó Mr. de Vatimesnil un proyecto que pasó desapercibido al carácter suspicaz del Emperador; obligó á todos los profesores á declarar que no pertenecían á ninguna congregación que no estuviese autorizada por las leyes. La necesidad de abrir los pequeños Seminarios era cada día mas apremiante, por lo que los Sres. Vatimesnil y Feutrier instaban á los Obispos que se sometieran; siéndoles al fin preciso someterse con dolorosa resignación á ese último atentado contra la independencia del sacerdote y del hombre. Dirigiéronse con este motivo al Ministro diferentes cartas en las que se revelaba la mayor dignidad; tambien entonces hizo oír el Cardenal de Clermont su célebre: *etiamsi omnes, ego non*, contestando entonces Feutrier repetidas veces con tanta oportunidad como talento á aquella reprobación universal.

El ministerio Martignac-Portalís creyó tener, al fin, uncida á su carro la oposición revolucionaria, aunque el *Globo* no le dejó mecer por mucho tiempo en tan seductora idea. Habían decidido los constitucionales al Gobierno de Carlos X á mutilar la Iglesia; y á su vez vinieron ellos á atacar aquel mismo Gobierno, que insultara al Clero con palabras que la historia no puede omitir. «La querrela de los Obispos, decía la hoja doctrinaria de 10 de setiembre de 1828, toca á su fin; esa pequeña intriga de sacristía muere á los tiros del

«ridículo como todas las insurrecciones sin fuerza y sin nacionalidad, que empiezan por los gritos de: ¡Vencer ó morir! y se desvanecen como el humo al primer choque. Seria, en verdad, por demás pugar por mas tiempo contra ese espectro del Episcopado; porque si bien sus clamores pueden turbar aun á algunas almas piadosas y crédulas confundidas en la multitud, y algun peligro puede resultar de sus intrigas y manejos, desaparece este de todo punto ante el peligro verdadero y real que podria resultarnos de no prevenir los actos del Ministerio, contra el cual únicamente debemos declararnos en abierta pugna.»

En medio de aquellos debates, los Jesuitas, á quienes el liberalismo presentaba como los dominadores de Francia, y como casuistas siempre prontos á interpretar á su modo la ley, y á violar los juramentos, se retiraban de sus colegios sin exhalar ni una queja.

El Episcopado acababa de sostener una lucha que era un glorioso testimonio de sus servicios; lucha en la que juzgaron oportuno los Jesuitas no tomar ninguna parte. Se separaron de sus discípulos que derramaban abundantes lágrimas, protestando públicamente contra la obra de destrucción; vieron á su paso al Clero que prestaba homenaje á sus virtudes; todas las mas importantes ciudades del Norte y Mediodía tomaron parte en el luto general de la Iglesia y de la juventud, siendo en todas ellas acogidos con las mas vivas muestras de estimación y sentimiento. Fue tan general el disgusto que experimentó entonces la Francia, que se reflejó hasta en los mismos Consejos generales, que eran los verdaderos representantes de las necesidades del reino, como no dejó de notarlo desde luego el mismo *Constitucional*. Hé aquí sus terroríficas páginas de 4 de agosto de 1828: «Lo que contrasta aun mas, decía, con los sentimientos del país, «son los deseos expresados por un gran número de Consejos sobre la «instrucción pública, los cuales piden una ley por la cual sea exclusivamente confiada á las corporaciones religiosas, segun unos, «ó por oposiciones, segun los mas moderados. El Consejo general «de Doubs pide que las Congregaciones ya existentes sean autorizadas legalmente: el del departamento de Vaucluse es mucho mas «franco: desea que la instrucción pública se confie particularmente «á los Jesuitas, cuyo restablecimiento reclama el interés de la Religión y de la sociedad.»

De este modo aquella persecución de diez años, organizada por el liberalismo, y sancionada por un Ministerio que inmolaba la Religión



y la monarquía para sostenerse por algunos días mas á la sombra de las ideas demagógicas, terminaba por hacer dar á la Compañía de Jesús un testimonio irrevocable de aprecio y de gloria. La prensa liberal la calumniaba, el poder procuraba expulsarla, y el Clero, la juventud, los padres de familia y los Consejos generales se unían para proclamar unánimemente que era de imprescindible necesidad. La Francia cristiana adoptaba á los Jesuitas, mientras que la Francia revolucionaria procuraba, aunque en vano, deshonrarles. Hé aquí durante este tiempo las medidas que adoptaban para hacer frente al ataque general que contra ellos dirigía la impiedad. El P. Godinot, provincial de Francia, escribía en 7 de agosto de 1828 á los superiores de los ocho pequeños seminarios: «Después de la distribución de premios que debe tener lugar sin ostentación ni discursos que tiendan á aludir ó excitar la piedad, concederéis los ocho días de vacaciones completos que permite el Instituto, debiendo luego verificar todos la entrada anual con todo el fervor y recogimiento posibles.»

De este modo salieron los Jesuitas de los establecimientos que los Obispos les habían confiado bajo la protección de las leyes.

Profunda era la herida que acababa de abrir la Revolución en el seno del Catolicismo, después de haber medido hasta qué punto llevaría Carlos X su sacrificio. Obtenido su primer triunfo, resolvió altanera entrar en campaña contra la soberanía. Obcecado el Monarca por mentidas deferencias, titubeaba ante los liberales, cuya audacia consistía en la pusilanimidad de las administraciones. Hasta intentaron los revolucionarios hacer romper al Rey con sus propias manos el cetro que su pacífica lealtad no le permitía trocar en espada de justicia. La Revolución había dicho ya durante los ministerios Villele y Portalis, que los Jesuitas reinaban y gobernaban<sup>1</sup>. Cuan-

<sup>1</sup> Un hombre que también fue calumniado, pero que á fuerza de valor y de talento obligó á sus enemigos á que le honraran y le dieran públicamente las mayores pruebas de estimación, el conde de Peyronnet, antiguo ministro de Justicia y del Interior, resumía de este modo en sus *Ensayos políticos*, publicados en 1829, la situación de los Jesuitas. Este pasaje, tan cierto en aquella época, creemos que tendrá por mucho tiempo un verdadero interés de actualidad:

«Se ha dicho que los Jesuitas perjudicaban la Religión: y ¿quién lo ha dicho? Los hombres que solo aspiraban á la ruina de la Religión,

«Se ha dicho que eran enemigos de los Reyes: y ¿quién lo dijo? Los hombres que solo aspiraban á la caída de los Reyes.

do el príncipe de Polignac fue llamado al Ministerio, ya no reconoció la Revolución límite alguno: vinieron á ser los Jesuitas los promotores de todos los golpes de Estado; fueron los consejeros y los agentes invisibles de la reacción; fraguaron de acuerdo con el nuncio Lambruschini una camarilla<sup>1</sup> de prelados y de cortesanos á quie-

«Se ha dicho que eran enemigos de la Carta: y ¿quién lo ha dicho? Los hombres que la violaban mas descaradamente.

«Se ha dicho que ejercían los Jesuitas una influencia perniciosa en el Estado: y ¿quién lo ha dicho? Los hombres cuya funesta influencia hace de treinta años á esta parte la desgracia del Estado.

«Se ha dicho que no eran tolerantes: y ¿quién lo ha dicho? Hombres que están animados contra ellos de la mas culpable intolerancia que se haya visto jamás; de la intolerancia de los hombres escépticos.

«Se ha dicho que eran enemigos de la libertad: y ¿quién lo ha dicho? Hombres que esclavizan sus iglesias, sus escuelas y su país; hombres, en fin, que matan á la vez en la persona de los Jesuitas la libertad religiosa, la libertad política y la libertad civil.

«Ni la falsedad de la acusación, ni el descaro de los acusadores han bastado: nadie ignoraba ser todo aquello una farsa, y, no obstante, se prefería esta á la verdad.

«Aun cuando detestara y temiese á los Jesuitas tanto como el mas fanático de sus enemigos, creería que el sosten de la libertad de conciencia es de mucha mas importancia que su expulsión.»

<sup>1</sup> No es este, como se comprenderá fácilmente, el lugar mas á propósito para explicar la revolución de julio, y las causas que impulsaron al ministerio Polignac á dar su golpe de Estado. Importaba á los conspiradores asociar la corte de Roma á los ocultos manejos que suponían cada día, á fin de herir á la vez de muerte á la Santa Sede y al Trono. Echaron mano del nombre de Lambruschini, al cual supusieron jefe de la camarilla, y empezaron desde luego sus acusaciones contra ella, por mas que careciesen de pruebas y hasta de indicios para poder hacerlo. Sus falsos dichos fueron atendidos, como lo demuestra el haberse llegado á creer que los Canónigos septuagenarios de la metrópoli de Nuestra Señora de París habían hecho fuego contra el pueblo, y que Carlos X en Saint-Cloud había mandado á los Suizos que pasaran por las armas á tres compañías de la Guardia real. Estas monstruosas falsedades, que solo debían propalarse en el momento de la lucha, fueron sin embargo acogidas en la calle por algunos escritores que les dieron su sanción publicándolas en sus obras. La *Historia de la Restauración*, por Mr. Capestre, se hizo también el eco de algunos de aquellos sordos rumores, como se ve en la pág. 303 del segundo volumen, en la que se lee: «El Delfín, su esposa, y hasta, según se dice, el Duque de Orleans, en todas las ocasiones en que Carlos X les hablaba de los asuntos del reino, le aconsejaban que desplegase el enérgico carácter de rey: debía acabarse con la revolución; tal era el grito de aquella pequeña camarilla que rodeaba al anciano Rey, y en la que ejercía cada vez mas influencia el Nuncio del Papa.»

De este modo según el cronista, que se creía *hombre de Estado*, y que en



nes se atribuían las mas perversas miras, consistentes en lanzar á la Francia á la funesta senda de la revolucion para encumbrarse ellos despues sobre los escombros que hacinara el fuego de la discordia por ellos propagado; camarilla que solo existió en la delirante imaginacion de la prensa; segun ella fueron los Jesuitas los que causaron al país todos los males, los que fueron tambien considerados como incendiarios<sup>1</sup> que cubrieron la Normandía de luto y desolacion; luego en el momento en que estallaron como el rayo los decretos de

lugar de escribir la historia se limitaba á inventarla, la Delfina, cuya desconfianza respecto de Mr. de Polignac era de todos bien conocida, se dejó seducir por la idea de un golpe de Estado que le aconsejó el duque de Orleans. Luis Felipe fue el que, á su decir, se aprovechó de él; pero nosotros, que no le debemos ningun empleo, ningun favor, ningun sueldo, creeríamos ser injustos con aquel Príncipe al concederle tan ligeramente el bajo título de hipócrita. Mr. Capéfigue se engaña respecto del duque de Orleans, del mismo modo que se engañó tambien respecto del cardenal Lambruschini. La camarilla fue tan solo un nombre de guerra inventado para atacar la Monarquía; solo existió en la fecunda imaginacion de los periodistas y escritores públicos, merced á la cual se la vió asomar en todas partes. Mr. Capéfigue no se limita aun á lo dicho hasta aquí sobre la Santa Sede, sino que en la pág. 386 del volumen X, afirma que «el Nuncio Lambruschini fue inícuo en la confianza de las órdenes.»

Como todos los embajadores extranjeros y altos funcionarios del Estado, solo supo Lambruschini por el *Monitor* las medidas adoptadas. Todo el mundo sabe ya que los Ministros cometieron la imprudencia de guardar harto fielmente el secreto que se les impuso; que los que aun viven son los primeros en confesar que lo ocultaron hasta á sus mas íntimos confidentes. Mientras se batian en las calles de París, creyó Lambruschini deber ir á ofrecer sus servicios al Rey y hablarle de la situacion amenazadora, en la cual se veía comprometido el reposo de Francia y de Europa; por lo que se trasladó á Saint-Cloud arrojando todos los peligros á que le exponian su traje y su nombre. Expuso á Carlos X todas las razones que creyó convenientes, recibiendo por toda respuesta que el Rey estaba resuelto á poner al duque de Burdeos bajo la salvaguardia de la Vendée militar, y que él pensaba trasladarse al campo de Saint-Omer, y marchar desde allí contra la capital. Estas arriesgadas resoluciones, anunciadas de antemano y adoptadas como el único remedio, parecieron impracticables al Nuncio de Su Santidad. Así lo hizo comprender al Rey, cuyo carácter conocia; siendo esta la única parte que tomó Lambruschini en los acontecimientos, exceptuando la que tomó en las reuniones diplomáticas que se celebraron.

<sup>1</sup> Durante el proceso de los Ministros que habian firmado los decretos de julio, Mr. Berenger, fiscal de la cámara de los Pares, recibió de Tolosa una carta, fechada en 1.º de octubre de 1830, que estaba concebida en estos términos:

«Señor: inauditos males me obligaron á ser el instrumento de un partido, del que era principal agente en los incendios que desolaron la Normandía, y

25 de julio de 1830, se olvidó á los Jesuitas para derribar el trono. Dispersados por la tempestad, iban errantes los Jesuitas de un punto á otro mientras se saqueaban sus casas con el doble objeto de acusárseles todavía; el triunfo, empero, del liberalismo debia al fin llevar en pos de sí el triunfo de la verdad. Al verse la Revolucion victoriosa, tuvo la audacia de proclamar ella misma sus imposturas. El *Globo*, del que se habian hecho una arma poderosa contra las ideas religiosas y monárquicas los Sres. Duchâtel, Cousin, Carlos de Ré-

«que debian devastar la Francia entera si hubiese cumplido estrictamente las órdenes que me fueron dadas.

«Pero el grito de alarma lanzado por los periódicos, el cuadro desgarrador que presentaban las víctimas del incendio, y, si me atrevo á decirlo, mis propios sentimientos, me inspiraron un invencible horror hácia mi mismo. Suspeché, pues, mi infame mision, y huí para sustraerme al furor de los que contaban conmigo, y á fin de interrumpir el curso de las devastaciones que debia continuar en el Languedoc, la Provenza, el Delfinado, etc.

«No he juzgado necesario entregar la mayor parte de los documentos que tengo en apoyo de mi declaracion; una sola carta, que demuestra estar afiliado á la Congregacion de Montrouge, y en la cual se me transmitian las órdenes que aquella recibia del príncipe de Polignac, me ha sido interceptada.

«Mi voluminosa correspondencia, las instrucciones por escrito y las listas que designaban las propiedades que debian incendiarse, así como el nombre de las personas de quienes debia recibir los mas amplios informes, y una especie de salvoconducto interpretativo, pero cuyo objeto es fácil adivinar por el conjunto de todos los documentos, que está firmado por el príncipe de Polignac, cuyas pruebas auténticas quedan á mi disposicion, pero que solo entregaré en el caso de prometérsese que no se me impondrá ninguna pena. Os exijo esa seguridad por la íntima conviccion en que estoy de que podeis dármela.»

El autor de esta denuncia, que tan bien se identificaba con las ideas de su tiempo, llamábase Carlos Teodoro Berrié, y era un criminal reincidente, puesto que fue condenado por ladron en 1824 y 1826. Hallábase en 1830 otra vez en las cárceles de Tolosa, pesando sobre él diferentes acusaciones, cuando pensó que ya que los periódicos liberales habian mentido tanto y engañado á la Francia con respecto á la Sociedad de Jesús, podia tambien él atreverse á continuar su obra. Antiguo presidario [de Bicêtre, habia visto á los Padres consolar y predicar muchas veces á los detenidos; y como sin duda habria leído tambien las imposturas de que estaban plagados el *Constitucional*, el *Corneo Francés* y el *Nacional* contra los Jesuitas, creyó que constituyéndose acusador de los discípulos del Instituto podria obtener fácilmente alguna rebaja en la pena que debia serle impuesta, y aun pasar quizás por un gran ciudadano. Así es que escribió la carta antes citada; pero la cámara de los Pares, así como la prensa liberal, que ya no necesitaban tomar á los Jesuitas por pretexto para atacar directamente á la Religion y al Tróno, no podian menos de ser equitativas sobre el extremo denunciado. El conde Bastard de l'Estang, encargado de



musat y Dubois, exclamó en 24 de octubre de 1830, dirigiéndose á los vencidos :

« Todo lo que invocais, todos esos artículos de la Carta y de nuestros Códigos, que citais con profusion, no son mas que ingeniosas ficciones. Cuando juramos fidelidad á Carlos X y obediencia á la Carta; cuando deslumbramos aquel Monarca imbécil con nuestras protestas de amor; cuando levantamos á su paso numerosos arcos de triunfo; cuando reunimos á los pueblos para saludarle con mil aclamaciones; cuando empleamos la adulacion; cuando los templos, las academias y las escuelas resonaban al concierto de nuestros elogios y bendiciones para él y su dinastía; cuando nuestros

la acusacion, no pudo menos de decir, al hablar de aquel miserable, que no habia sabido elegir para sus fines la oportunidad del momento. « Todos los demás extremos de su declaracion fueron igualmente dilucidados resultando todos falsos. Si se hubiese tratado de un asunto menos grave, no se habrian dispensado siquiera á semejante incidente los honores del examen; pero entonces se creyó por el contrario que debia recaer sobre él la mas completa verificacion de datos.»

Era Berrié conocido como impostor por la cámara de los Pares, pero no constaba en ella que se hubiese procurado cómplices, ni que aquel famoso título de afiliado de la Congregacion de Montrouge fuese un documento falsificado y autorizado con la supuesta firma del abate Desmazures, por el cual se le conferia el título de guarda del Santo Sepulcro. Se le ocupó aquel documento en 8 de marzo de 1830 cuando fue Berrié detenido en Burdeos por el comisario Lamarle. Á pesar de quedar comprobados todos éstos hechos en la cámara de los Pares, no por ello dejó la prensa liberal de suponer que habia tenido aquel hombre relaciones con los Jesuitas, relativamente á los incendios que habian tenido lugar. Mas tarde obtuvo Berrié la libertad antes de haber cumplido su condena, y, debemos ser justos, no se acusó á los hijos de san Ignacio de aquella desgracia.

Muchos fueron los criminales que creyeron en aquella época librarse de las penas que debian imponérseles, suponiendo á los Jesuitas instigadores de sus crímenes; lo que no es extraño, si se atienden los resultados que dió la calumnia á los revolucionarios; así es que los criminales calumniaban tambien á su vez y á su modo. Proclamóse Berrié incendiario por orden de la Compañía, y un jardinero de Verrières, llamado Troclet, creyó tambien justificarse del asesinato que verificó en la persona de uno de sus acreedores, llamado Bellaure. Á este fin acusó al P. Jenneaux y á dos jesuitas mas, de que en 28 de junio de 1830 le habian encargado, segun decia, que les ocultara un cofre lleno de objetos preciosos; cuya fabula reprodujo Troclet ante el tribunal de Assises, presidido por Mr. Agier. Quedó plenamente probado que no solo no conocia el P. Jenneaux al procesado, sino que ni siquiera le habia visto en su vida; en su virtud fue el asesino condenado á muerte en 23 de mayo de 1831, absolviéndose al Jesuita libremente de la instancia y observancia del juicio.

«poetas cantaban sus virtudes; cuando ensalzaban la bravura de ese nuevo Enrique IV y la gracia de ese otro Francisco I, todo esto no era mas que una ficcion por la cual procurábamos evitar las cadenas con que queria sujetarnos. Habeis sido como esos espectadores novicios que sentados en un teatro por la primera vez creen real y verdadera la escena que se representa ante sus asombrados ojos. Desengañaos, pues, Pares, Diputados, Magistrados y simples ciudadanos, no hemos hecho mas que representar una comedia que duró quince años.»

Despues de haberse expulsado á los Jesuitas de Francia, fueron descubiertos todos los hipócritas. Muy significativa debió ser aquella declaracion; el *Nacional* por su parte tampoco se quedó atrás en sus expansiones: habia pasado á ser republicano bajo la redaccion de Carrel, Béquet, de Passy, Emilio Pereire y de Chambolle, los cuales como sus antiguos asociados llegaron á ser ministros, pares de Francia ó dignatarios de la Universidad. En 17 de octubre de 1832, manifestó este periódico ante la Europa las ridículas falsedades y mentiras que habian sido puestas en juego para perder á los Jesuitas:

«La Restauracion cayó, decia el *Constitucional*, y con ella los Jesuitas, al menos segun se cree. Sin embargo la Francia entera ha visto á la familia de los Borbones dirigirse de París á Cherbourg y embarcarse tristemente para Inglaterra. En cuanto á los Jesuitas, nadie puede asegurar por qué puerta han salido; nadie tampoco ha pensado mas en ellos desde el día que siguió á la revolucion de julio ni para atacarles, ni para defenderles. ¿Existen ó no todavía pequeños seminarios y congregaciones que no estén autorizadas por la ley? No hay hombre de tan escaso talento en el día que crea deber inquietarse por semejante pusilanimidad; solo en tiempo de la Restauracion procuraban esclarecidos talentos inspirar á la Francia odio y temor á esa famosa Congregacion jesuítica que quizás no existia, ó que aunque existiese no era digna de que nadie se ocupase de su existencia.

«¿Podia ser otra cosa que una comedia esa infatigable polémica de la prensa liberal contra los Jesuitas? ¿No era acaso una pura manía de persecucion el reprobar hasta que Mr. Dupin llevara los cordones del pábilo de Saint-Acheul? No se ignoraba que la Sociedad de Jesús, propiamente dicha, no ofrecia grandes peligros; pero ¿se queria acabar con el espíritu jesuítico, devoto é hipócrita, porque



«tal era el espíritu de la dinastía reinante. Comprendióse á las mil maravillas el significado de la palabra jesuitismo, que era sinónimo de adhesión á la legitimidad: decíase entonces jesuita por realista, porque hubiera sido en extremo peligroso atacar á la legitimidad, llamándola por su propio nombre; se procuró, pues, atacarla en su esencia, dándole el nombre mas odioso entonces, que era el de jesuita.

«Pero á poco concibió la Francia un odio implacable, universal, inmenso por todo lo que llevaba el nombre de facción y de asociación jesuítica, llegando hasta el punto en que para perder á Carlos X solo bastó afirmar que era jesuita; que como tal profesaba la doctrina de las restricciones mentales; que al jurar la Carta en Reims, tenía ya en su bolsillo la absolución de aquel perjuro, y que era el golpe de Estado su idea favorita.

«Tal fue el modo con que razonaron y hablaron las masas en aquellos tiempos, dando á sus sospechas una forma material que les ayudó singularmente á sostener el combate.»

«Ante esa cínica teoría de la impostura que se reveló á la Francia y que será puesta todavía mas tarde en juego con el mismo resultado, solo resta á la historia el derecho de reprobar tanto descaro y de compadecer la credulidad de los hombres.



## CAPÍTULO V.

Los Jesuitas en Roma. — Su expulsión de Rusia fue la salvación de la Compañía. — Carácter de Fortis. — Sus primeras medidas. — Los Jesuitas son llamados nuevamente por el Piamonte y la Cerdeña. — Revolución del Piamonte. — Abdicación de Víctor Manuel. — Carlos Félix, rey. — Conoce los planes de los Carbonarios. — Llega su firmeza á desconcertarlos. — Roothaan y Manera en Turin. — El P. Grassi, confesor del Monarca. — Carlos Alberto y los Jesuitas. — Los nuevos colegios y el palacio de la Reina en Génova. — Intrigas para perder á la Compañía. — Muerte de Pio VII. — El conclave de 1823. — El cardenal della Genga fue elegido papa bajo el nombre de Leon XII. — Temor de los Jesuitas á la noticia de semejante elección. — No participa el P. Rozaven de aquellos temores. — Devuelve Leon XII á los Jesuitas el colegio Romano. — Retrato de Leon XII. — Su protección á la Compañía. — Confía al P. Ricasoli la educación de sus sobrinos. — Jesuitas que renuncian el episcopado. — El conde Miguel Szczytt en el noviciado. — Muerte de Fortis y del Papa. — Congregación general. — Nómbrase al P. Juan Roothaan general de la Orden. — Pio VIII y los Jesuitas. — Carácter de Roothaan. — Las revoluciones del resto de Europa provocan la insurrección en Italia. — Dirigense sus primeros esfuerzos contra los Jesuitas. — Elige el conclave para pontífice al cardenal Capellari. — Retrato de Gregorio XVI. — Los Jesuitas, por orden del cardenal Zurla, enseñan los ejercicios de san Ignacio á todos los religiosos de Roma. — La insurrección les arroja de sus colegios. — Entran nuevamente en ellos. — Encárgales la Propaganda del colegio Urbano. — El cólera á las puertas de Roma. — Calumnias contra el Papa y los romanos. — Precauciones tomadas por el Gobierno pontificio. — El pueblo de Roma y las procesiones. — Traslación de la imagen de Santa María la Mayor al Gesu. — Declaración del cólera. — Los Jesuitas durante el azote. — Gregorio XVI y los huérfanos. — Nómbrase al P. Roothaan miembro de la comisión encargada de distribuir los socorros. — El cardenal Odescalchi renuncia á la púrpura para entrar en el noviciado de los Jesuitas de Verona. — Su carta al General el mismo día en que recibió el hábito de la Orden. — Muerte del P. Odescalchi. — Encíclica del General para el año secular. — Entran los Jesuitas nuevamente en Venecia. — Los habitantes de la isla de Malta piden al Gobierno inglés que les permita un colegio de Jesuitas. — Segunda lord Stanley sus deseos. — Los Jesuitas en Sicilia. — Son los mediadores entre los partidos. — Su actitud en Nápoles. — Llama de nuevo la España á los Jesuitas. — El P. de Zúñiga, su provincial. — Restitúyenseles los bienes no enajenados. — El colegio Imperial de Madrid. — Sus resultados. — Proscribe la revolución de 1820 á la Compañía. — Fundación del colegio militar de Segovia. — Su objeto. — Muerte de Fernando VII. — Primeros síntomas de la guerra civil. — Se acusa á los Jesuitas de ser hostiles al Gobierno constitucional. — Para excitar contra ellos el furor popular, se hace cundir la voz de que